

La casa alquilada

CONTRATO DE ARRENDAMIENTO

IDENTIFICACION DE LA FINCA OBJETO DEL CONTRATO

Finca, local o piso: Chalet

Calle: Urbanización El Almenar de los Duques, 113

En Madrid a 18 de febrero de 198, reunidos don Raúl

Alberto Lazcano, natural de Rosario (Argentina), casado,

con pasaporte n.º, en concepto de arrendatario, y

don Fernando González Palacio, natural de La Bañeza

(León), divorciado, con D.N.I. n.º, como dueño,

hemos convenido el arrendamiento del inmueble que ha

sido identificado encabizando este contrato...

Abrío la cancela la asistenta.

—Soy Fernando González. ¿Está don Raúl Alberto Lazcano?

—Pase. El señor no ha llegado todavía, pero está la señora.

Me hizo una media reverencia al dejarme pasar al interior de la casa que había alquilado durante mi larga ausencia a los Lazcano, y que ahora, a mi regreso al país, venía a recuperar.

La asistenta, que restregaba las manos en el mandil, apartó con un pie el cubo de agua sucia coronado por el mango de una fregona.

—Por aquí, señor,

me ordenó con un gesto de mandíbula. Procuré no pisar las zonas del suelo donde el agua fresca espejaba el rubor de las baldosas.

—No se preocupe —dijo ella—. Luego le paso de nuevo un trapo.

Mis desplazamientos, de puntillas y en zigzag, como en el juego de damas, debían de ser un poco ridículos: retenía a cada zancada una pierna en el aire, sin saber, sin decidir dónde posar el pie.

—Está bastante revuelto, pues aquí no hice todavía la limpieza, y además, con la mudanza... Pero puede sentarse donde quiera. Deje que le remeta la funda de esta butaca.

Me hablaba desde el interior del saloncito de la chimenea, fuera de mi vista, mientras yo seguía con mis equilibrios de náufrago en mi propia casa, en la casa donde había vivido durante diez años de calentura y seda.

Al principio, con aquella luz solar que acaramelaba todo y cegaba un poco, no vi bien la transformación que había sufrido aquel cuarto. Quiero decir que no vi apenas transformación, y sin embargo el cuarto se había vuelto ciego, y yo con él: busqué en la pared del fondo la huella del humo en la chimenea —pues detrás de detrás de aquel humo estaría el humo de los fuegos y los fuegos y los fuegos que yo había prendido— y no había nada. Literalmente nada. Una pared lisa, empapelada de imitación damasco. La chimenea había desaparecido.

Volví mi cabeza hacia la puerta: sí, aquella era mi casa, y era la entrada del saloncito la que había franqueado. Y sin embargo, la ausencia de la chimenea trastocaba los puntos cardinales. Como un tonto, busqué en las otras paredes la chimenea perdida, demolida, tapiada, y sólo vi unas cortinas de flores y una lámina enmarcada de un bailar flamenco.

(...se había apagado el resplandor sonrosado en el cabello de Claudia, las llamas en las que leíamos la profunda arruga del destino, calores, olores de noche, todo se había transformado en una pared hosca, en una lápida anónima...).

—Ahora la llamo a la señora. ¿Le ocurre alguna cosa?

(...la incendiada beatitud de después del amor...).

¿A mí me preguntaba? Negué con la cabeza. Me senté en la butaca, la mirada vacía vuelta hacia la pared borrada... y en definitiva solo.

Se oía de nuevo en el recibidor el chapoteo de su escobón lanudo.

El papel imitación damasco verde mostraba, desde luego, la propensión al heno seco de quien lo había mandado colocar. Era un verde de arbusto trasplantado. ¡Para una pared, que es tan definitiva, y era un verde como de quien pasaba por allí!

Entró la señora, Emilia creo que se llamaba. La cabeza aureolada de rulos, una bata de lunares rojos que se abrochaba por delante con botones plateados, un peine o un cepillo en la mano izquierda —o una pieza de un secador de pelo. Me tendió la otra mano.

—Discúlpeme que le reciba así, ya sabe, las mujeres siempre de cabeza, que si la cocina, que si esto y aquello. Mi marido está al llegar, me gustaría ofrecerle algo, pero tome asiento, ¿un aperitivo? ¿qué le sirvo?

Abrió la puerta corredera de una consola y se entrevieron dos botellas semivacías.

—Dígame cualquier cosa que quiera tomar, mientras yo termino de arreglarme...

—Un jerez —dije tímidamente.

—Ah, qué tonta soy, no tenemos jerez, no tenemos casi de nada, ayer fue la fiesta de cumpleaños de nuestra hija mayor, hasta las tantas estuvieron bailando con la música a todo volumen, yo tengo la cabeza loca, bueno, si lo desea hay marie brizard y ponche caballero, veo que no desea beber,

¿le pongo algo de música?, ah, no, soy rematadamente tonta, ya hemos embalado el tocadiscos, yo ando de un lado para otro medio ida, medio sonámbula, sin saber dónde encontrar nada.

(...cuántas cosas habría perdido aquella señora, Emilia, o quizás Amelia, en su deambular de cinco años por la casa, por mi casa...).

—Y me disculpa si le dejo solo, pues he de continuar arreglándome —se palpaba, señalaba su pelo, pellizcaba su bata—, acomódese donde quiera, a sus anchas, vuelvo enseguida, está usted en su casa...

Y dio media vuelta y se fue (hacia el cuarto de baño de la planta baja, pues oí correr agua, ¿o era la asistenta en el fregadero?). Claro que estaba en mi casa. Ella no era sino la inquilina de mi casa, una inquilina que empalagaba de desodorante mezclado con olor a lejía mi casa —aunque es forzoso reconocer que, al andar, el ruedo de su bata formaba pequeñas olas en la playa de las baldosas.

Por el ruido del agua que corría adiviné que se duchaba, y el pensar cuántas duchas habría tomado aquella Emilia, o Amelia, o Imelda, en el mismo lugar donde los chorros desparramados habían moldeado el cuerpo de Claudia, me produjo un malestar nervioso, que desahugué en forma de arañazos a la panza de raso del canapé. Deseaba, como de niño, que todo en la vida se deshilara, que la vida misma fuera un manojo de hilachas descoloridas. Oía canturrear, no sé si a ella o a la asistenta, entre chorros de agua y latigazos de bayeta. El canto cesó en el momento de cerrarse el grifo. Oí que ella gritaba a la asistenta:

—¡Joaquina! ¡Ponga algo de beber al señor González!

Iba a salir al pasillo para decir que no quería beber ni marie brizard ni ponche caballero, pero ya Joaquina entraba y se agachaba a abrir el aparador de las botellas, y se volvía a mí —que veía reflejarse en el relámpago del espejo iluminado sus calcetines malva entre las dos botellas semivacias— para preguntarme:

—¿Qué le pongo entonces? ¿De ésta o de ésta?

—De ninguna de las dos. Gracias. No se apuren por mí. Sigán con sus cosas.

Lo de ella era fregar, y a eso volvió. Lo de la señora era un spray, que moscardoneaba a través del tabique, y después tal vez una fricción de colonia, pues se oyó un entrechocar de frascos y taponés, como un brindis por el placer de las duchas de la vida.

Decidí salir al pasillo, cruzarlo, esperar en lo que había sido mi biblioteca-despacho, donde tal vez podría leer, mientras tanto, alguna revista o algún libro. ¿No era aquélla mi casa, aunque la hubiera alquilado cinco años antes a esta pareja de argentino y vallisoletano, los Lazcano, él Raúl Alberto, ella Emilia, o Amelia, o Imelda, o quizás Olivia, cómo recordar su nombre? ¿No estaban incluso embalando sus enseres, como ella acababa de recono-

cer, para mudarse antes de fin de mes, y devolverme lo que era mío, el chalet donde viví los diez años con Claudia, y donde cada ladrillo, cada azulejo, cada cable, había sido colocado en el sitio preciso por mí y para mí? Había comprado aquel terreno en la zona norte de la ciudad, y lo pagué en tres años, treinta y seis letras, una por cada mes. Una parcela de ochocientos metros cuadrados en lo que sólo era entonces una finca de monte bajo, encina y roquedal, bautizada con el pomposo nombre de El Almenar de los Duques. Tardé otros tres años —y otras treinta y seis letras aceptadas y avaladas— en pagar la construcción de una casa, de mi casa, de esta casa, decorada y amueblada por Claudia, al gusto de Claudia, para nosotros dos.

Oigo sonar el timbre de un teléfono, y unas zapatillas que chancletean, y me encierro en lo que era despacho-biblioteca y que (me cuesta trabajo decirlo, siento una rigidez de viento o de miseria infinita en la columna vertebral) Raúl Alberto Lazcano ha transformado en sala de jugar al ping-pong y de pedaleo sobre una bicicleta fija. Apesta el aire a linimento, el parqué ha sido sustituido por linóleo, un foco manchado de moscas cuelga del techo, y los cristales de las ventanas son opacos, como los de una oficina, un cuartel o un retrete.

No podría hablar de desolación, pues esa palabra se me antojaba una insignificancia, comparada con el panorama que mi vista abarcaba. Miré uno de los muros, húmedo, con costras de vieja pintura rosa. Allí estaba antes el piano. En el suelo escalonado Claudia solía sentarse a leer —¿no estás incómoda?, no, es mi lugar predilecto—, mientras yo, ante mi mesa situada en la parte elevada, trabajaba. La música nos envolvía con su mohair de algas. Sí, había un altavoz donde ahora hay una raqueta de tenis alabeada y con el cordaje —que nunca sonará— roto. Y recuerdo que ahí, donde los Lazcano han arrumbado botas de fútbol, balones, neumáticos de bicicleta, ahí era donde solíamos colocar el árbol de Navidad, el árbol que una vez encendido parpadeaba en las mejillas de Claudia y a mí me adormecía con el perfume de abeto caliente, un perfume animal, como una caricia en lo hondo de un bosque en verano. En Nochebuena dejábamos entrar en el recinto sagrado de la biblioteca-despacho a nuestro hijo Gustavo, acompañado de su primo Michel, a quien sus padres nos confiaban en esas fechas para irse a esquiar.

Se avecinan los pasos —un tanto encharcados— de la Emilia, Amelia, Imelda, Olivia, Abilia —este es el nombre que le va mejor a una castellana— y desde la rendija de la puerta entornada la veo a medias subir las escaleras, veo nítidamente sus muslos blanquísimos en la entrebata, de un blanco increíble, que no sé por qué no ha reproducido —ese blanco— en estas paredes de tono verde-gris aceitunado. Quizá no se llame Abilia tampoco,

y vaya a vestirse y pintarse un poco para recibirme. Quizá no tiene ella la culpa de este desaguizado —de otro modo no desplazaría tan armoniosamente su piel de armoniosa nieve—, sino el bestia de su marido, los cafres de sus hijos, esos cultivadores del músculo y la fuerza física, esos arrasadores de música y memoria.

De nuevo oí voces. La señora y la asistenta se hablaban por el hueco de la escalera, y hablaban de mí, pues oí mi nombre, y a buen seguro se interrogaban por mi desaparición.

Entonces me senté en el suelo, justo en el lugar donde existía aquel peldaño —el asiento preferido de Claudia.

No sé cuánto tiempo pasó, ni para qué. Sólo sé que las voces, abajo, se reanudaron. Que oí los timbrazos del teléfono y a alguien —la asistenta, o la Lazcano— decir cualquier cosa. Unas campanadas roncadas se mezclaban con silbos de salamandra en mis oídos. Oí la nada. Oí luego una lágrima desbordar de uno de mis ojos.

Después, un chirrido de puerta y la irrupción de luz en el peldaño de mi lágrima y en mi culo frío. Emilia, iba a preguntarme, Amelia, por qué me encontraba allí, Imelda, ¿qué le contestaría?, Olivia, era más rubia de lo que imaginaba, Abilia, no, un nombre tan feo no encajaba con la persona entallada en un vestido rojo grosella que traía en las manos un vaso de campari tan burbujeante como su vestido, a lo mejor se llamaba Elvira, sí, el nombre Elvira-Campari me asociaba ideas, no, no podía llamarse Elvira, y al fin, ¿qué me importaba su condenado nombre?

—¿Qué hace sentado en el suelo? Encontré un botellín de campari.

Yo estoy hecho un ovillo en un peldaño que ella no ve, la frente contra mis —qué duras son— rodillas.

—¿Recuerdos?,

interroga con voz boscosa, y se sienta a mi lado, me roza con una cadera majestuosa, sonrío cuando ve que sorbeteo el campari y mis mocos.

—Mi marido no viene a comer —dice—, acaba de llamar, le es imposible, no sé cómo pedirle, usted vino para verle a él, no sabe cuánto lo lamentamos, ha de almorzar, él, mi marido, con el gerente de autopistas, ya sabe, Autopistas de la Meseta, AUMESA, esos líos que hay sabotajes, qué digo líos, esas cabronadas, perdone la expresión pero es un tema que me pone frenética, mi marido no tiene que ver, ni se interesa, ni nos interesamos por la política, dos meses de obras paradas e imagínese las pérdidas y los problemas laborales, y los jurídicos, pues él siempre dice: lo peor son los problemas jurídicos. ¿Qué le estaba diciendo? Que no vendrá a almorzar.

Yo miro el ventanuco y lo veo transformarse en una garita de peaje.

—Usted se quedará a almorzar de todas formas, ¿verdad que sí?